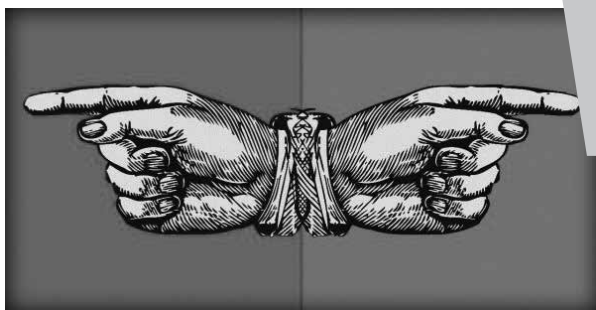


Desde Venezuela

Carta a un amigo izquierdista

Joseba Lazcano, s.j.*



Varios siglos han pasado desde la concepción de aquella imagen emblemática de la Francia revolucionaria que, acto seguido en filosofía política, comenzó a distinguir entre posturas ideológicas antagónicas: izquierda y derecha. Las reflexiones que se muestran en el texto a continuación, reflejan el accionar del inconsciente colectivo humano como producto de las categorías sociológicas más frecuentes en nuestra comprensión sociopolítica... Una crítica a la ideología socialista moderna que pretende mantener una postura antiimperialista ante la necesidad primigenia de enfatizar la promoción y defensa de los derechos humanos

Querido amigo:

En tu carta me recuerdas –entiendo que con dolor– los tiempos en los que compartimos aquellos entusiasmos sandinistas –*entre cristianismo y revolución no hay contradicción...*!– y aquella conmoción con los mártires salvadoreños, y no solo Romero, Rutilio y los jesuitas de la UCAB, sino también decenas de sacerdotes y monjas y centenares de catequistas y predicadores de la palabra... Repetíamos esos años que en las dos últimas décadas se estaban dando en nuestra América más mártires que en los tres primeros siglos del cristianismo... Evidentemente, nuestra sociedad calificaba a todas esas víctimas, con las que nos sentíamos identificados, como *de izquierda*.

Y, reflexionando –¡haciendo teología...!– desde esas referencias y desde las experiencias propias en nuestros barrios y en nuestro mundo campesino, íbamos descubriendo, con entusiasmo, lo que otros hermanos iban formulando como Teología de la Liberación...

Y nuestros amigos –y otros no tan amigos...– nos llamaron izquierdistas... y hasta comunistas. Esas categorías de izquierda y derecha –nacidas de una simple anécdota coyuntural de la Revolución francesa, de que los jacobinos se sentaban a la izquierda en la Asamblea Nacional–, se nos han convertido en las categorías sociológicas más determinantes –al menos, las más frecuentes– en nuestras comprensiones sociopolíticas... aunque, con frecuencia, vamos experimentando que esas categorías encubren más de lo que revelan en la realidad, parece que estamos condenados a usarlas, al menos *p'andar por casa*...

Los que nos formamos como curas en un clima teológico del Vaticano II (1962-65) y Medellín (1968) descubrimos con entusiasmo a los que solemos llamar *Santos Padres* o *Padres de la Iglesia*: notables intelectuales y pastores, ya no judíos, de los primeros siglos del cristianismo (Atanasio, Basilio, Gregorio, Ambrosio, Cirilo, Juan Damasceno, Clemente, Juan Crisóstomo, Agustín...). Podríamos hacer una lista *laaarga*...

de afirmaciones para complacer a nuestros izquierdistas. Por ejemplo:

“Ladrón es quien acumula más de lo necesario”, “el lujo del rico injuria al pobre”, “no se puede practicar la caridad si antes no se ha practicado la justicia”, “los pobres deben ser atendidos antes que los ricos; incluso vender los tesoros de la Iglesia para que se vuelva oro útil, oro de Cristo”, “si no se remedia el hambre, se es homicida”, “se devuelve al pobre lo suyo cuando se le da limosna; por tanto es de justicia”.

Evidentemente, estos *Santos Padres* no estaban diseñando ningún modelo de organización social; estaban expresando su sentir ético profundamente cristiano. Recordemos que ética viene de *ethos*, que señala el *lugar epistemológico* de nuestro pensar y sentir. Y el lugar epistemológico escogido por el Hijo de Dios fue el de los campesinos pobres que trabajaban en tierras ajenas de Galilea o pescaban en su lago, como lugar privilegiado para la universalidad de la salvación.

También el *ethos* de los primeros seguidores de Jesús de Nazaret tuvo su expresión en el *socialismo cristiano* de la comunidad de Jerusalén: pusieron sus bienes en común y cada uno fue consumiendo según sus necesidades. ¡Hicieron un bello *socialismo de consumo*...! Y, por supuesto, fracasó (esto como que nos suena a los venezolanos).

El bueno de Pablo de Tarso –por cierto, muy mal visto por esa comunidad, muy judía, que le consideraba como traidor a su pueblo porque, siendo judío se dedicó a anunciar la novedad de Jesús a los gentiles– tuvo que recorrer todo el sur-oriental europeo para recoger ayuda humanitaria para que sus hermanos de Jerusalén no se murieran de hambre (también esto nos suena a los venezolanos...).

Cada corazón tiene su *ethos*, pero ningún *ethos* puede sustituir al corazón.

Los sociólogos, desde el primer anónimo que intentó entender la sociedad en la que vivía, parten de algo evidente: cualquier hecho humano –experiencia, idea, comprensión, expresión...–, sobre todo si se considera positivo, tiende a repetirse y a institucionalizarse. Y no es posible la vida –ni la personal ni la social– sin institucionalizaciones. Por supuesto, una de sus cumbres es la ideología.

Y no podemos hablar de ideologías –y de su poder encubridor como falsa conciencia– sin acordarnos de Marx, a quien le reconocemos –y hasta le agradecemos– la validez de no pocos de sus análisis históricos: pero él, tan crítico con las ideologías, y sobre todo muchos de sus entusiastas monaguillos, pretendiendo construir un *socialismo científico*, terminaron por construir, tal vez, el sistema ideológico más dañino del último siglo y medio. ¿Será el castigo de su soberbia intelectual, muy europea por cierto (¡con perdón de tanto europeo decente!)?

Recientemente, leía con mucho agrado unas reflexiones de nuestra querida y apreciada historiadora Margarita López Maya, que denunciaba a sus amigos *chavistas críticos o disidentes* que estaban recogiendo firmas en redes internacionales de izquierda: “su diagnóstico está demasiado condicionado por una ideología de izquierda todavía anclada en el siglo XX, donde se privilegia el antiimperialismo a la defensa de los derechos humanos”. Es decir, sacrifican los derechos humanos en el altar de la ideología antiimperialista. Creo que las políticas de los que se llaman de izquierda son las más eficientes promotoras del derechismo; y a la inversa...

La crítica de Margarita estaba cimentada en muchos quilates de calidad humana:

Quando vi ese documento sentí tristeza y frustración. Lo firman personas que estimo, inteligentes y creo que probos. Pero, me parecen incapaces de situarse por encima de una ideología que ya no funciona. Afortunadamente, en Venezuela, tienen escaso eco. Quizás afuera sus percepciones e ideas hacen más daño, porque allí no se vive el día a día, y la información es compleja y confunde.

Obviamente, no puedo sino recordar al papa Francisco: es recurrente en sus denuncias ante “modelos económicos idolátricos que necesitan sacrificar vidas humanas en el altar del dinero y de la rentabilidad” y ante las “ideologías que no asumen al pueblo, que piensan por el pueblo y no dejan pensar al pueblo”. Y añade: “Las ideologías tienen una relación incompleta, enferma o mala con el pueblo, terminan mal. Terminan en dictadura...”

Sí, las ideologías son muy dañinas, sobre todo cuando, además de estructuras mentales, se convierten en rígidos posicionamientos... ¡No es lo mismo *opción por*... que *posicionamiento en*...!

Mi viejo amigo, es posible que los venezolanos, que hemos sido privilegiados por tantos conceptos, hayamos sido percibidos a veces como un poco soberbios; sería lamentable que nuestra trágica experiencia de estos años nos llevara a una nueva soberbia de dar lecciones a otros: ¡Dios nos libre! Desde luego, soy consciente de que ni Venezuela ni Nicaragua son la apropiada expresión de lo que es o debe ser *la izquierda*. Pero siento la responsabilidad de compartir nuestra experiencia y nuestra reflexión.

Abrazos.
Joseba

*Miembro de la Compañía de Jesús en Venezuela.